

Aesock es una criatura con increíble energía estática, viajera del tiempo y cubierta de calcetines, los cuales pierde por todos lados. Esta condición pegajosa ha resultado en una colección improvisada de millones de calcetines sueltos, venidos de todas partes del mundo.

Acompaña a Aesock, Benjamín y Olivia mientras viajan hacia atrás en el tiempo en la mágica canasta de ropa de Aesock para devolver los calcetines perdidos a los personajes más famosos de la historia mundial. En el camino, los niños aprenderán no sólo historia, sino a creer en sus sueños, en sí mismos y en sus objetivos.



C A P Í T U L O 1

El fracaso



La tensión aumentó cuando los alumnos se acercaron a la mesa. Benjamín Barber, de siete años de edad, se preparó para el gran momento.

“Ahora, Benjamín producirá luz,” dijo su maestro, el Sr. Perkins. “Tenemos tres cosas aquí: una pila de linterna, un alambre de cobre, y un foco pequeño. Benjamín conectará la pila al foco con el alambre. Así, la pila le dará al foco su energía.”

Benjamín se sentía como si estuviese en un escenario, con todo el mundo mirándolo. Sostuvo el alambre fino y se inclinó sobre la pila.

La clase entera contuvo la respiración. Benjamín tocó con el alambre la parte

superior de la pila y... No pasó nada.

Golpeó ligeramente el foco para probar la conexión. Tocó la pila con el alambre otra vez.

No obstante, no pasó nada. Nada de nada.

Sarah Solomon, la estudiante genio de la clase, bostezó.

“Déjame ver, Benjamín,” dijo el Sr. Perkins. “Debería funcionar.”

El Sr. Perkins examinó el proyecto. Primero, revisó el foco y la pila. Después miró el alambre.

“Tal parece que la pila no tiene energía o que el foco no funciona. Lo siento,” dijo él.

“Esta mañana sí funcionó,” gimió Benjamín. Deseaba no sentirse el centro de toda la atención. Se sentía como un perdedor. Su proyecto era un fracaso. Era un inútil. Un cero.

“Hiciste tu mejor esfuerzo. Lo puedes intentar más adelante,” dijo el Sr. Perkins.

La campana sonó. Había terminado el

día escolar. No había manera alguna en que Benjamín iba a mostrar su cara en el patio de recreo esa tarde. Se escondería en el baño. Tal vez para siempre.

Finalmente, se encaminó a su casa. Era una caminata larga. Benjamín iba con la cabeza agachada. No podía creer lo tonto que había parecido en frente de sus compañeros de clase.

“Soy tan estúpido,” dijo Benjamín. Aventó su mochila hacia la rama baja de un árbol. La mochila chocó con la rama y casi hizo que una ardilla se cayera de ella. Cayeron hojas por todos lados. El roedor pegó un chillido y trepó más arriba del árbol.

Benjamín arrastró su mochila al subir las escaleras hacia su casa. Caminó pesadamente a través de la casa y se dirigió al sótano. Su mochila golpeó el cemento con un ruido sordo.

“Soy un fracaso,” dijo Benjamín.
Se inclinó sobre la lavadora y se dejó

resbalar hacia el piso frío. Sacó un libro de su mochila. Miró al hombre en la portada del libro. Después de varios segundos, sacudió la cabeza. “Se rieron de mí,” dijo. Se sentía totalmente solo. “¡Me doy por vencido!”

“¿Perdón?” Dijo una voz misteriosa. Benjamín se quedó quieto. ¿Quién dijo eso?

“¿Realmente quieres darte por vencido?” preguntó la voz.

Benjamín dejó caer su libro al suelo. Se apoyó completamente contra el metal frío de la lavadora. Su cabeza retumbaba.

“¿Quééééé?” La voz de Benjamín tembló y se quebró.

“¿Realmente quieres darte por vencido?” repitió la voz.

¿Dónde estaba esa voz? Sonaba como si viniera de un gran montón de ropa en la base del tubo de la ropa sucia. Eso era imposible. ¿Era tal vez la televisión, arriba? ¡No! El sonido venía definitivamente del sótano. Benjamín escuchó con atención y luego

sacudió repentinamente la cabeza. Eso sí era ser tonto. ¡Casi había caído en la broma!

“¡Olivia, deténte!” gritó Benjamín.

“Eso no es gracioso.” A su hermana le encantaba hacer bromas.

“¿Quién es Olivia?” preguntó la voz.

“¡Lo digo en serio!” dijo Benjamín enojado. Se levantó y corrió hacia el montón de ropa. “¡Sé que estás ahí y te voy a dar tu merecido! ¡Estoy harto de tus bromas!” Benjamín comenzó a escarbar dentro del montón de ropa.

“¿Harto de las bromas de quién?” preguntó Olivia.

Benjamín se quedó quieto. Tragó saliva con dificultad y miró a un calcetín impar que tenía en la mano. ¡Olivia estaba parada en lo más alto de las escaleras, lejos del montón de ropa! Entonces, ¿qué voz había escuchado él?

C A P Í T U L O 1

El fracaso



La tensión aumentó cuando los alumnos se acercaron a la mesa. Benjamín Barber, de siete años de edad, se preparó para el gran momento.

“Ahora, Benjamín producirá luz,” dijo su maestro, el Sr. Perkins. “Tenemos tres cosas aquí: una pila de linterna, un alambre de cobre, y un foco pequeño. Benjamín conectará la pila al foco con el alambre. Así, la pila le dará al foco su energía.”

Benjamín se sentía como si estuviese en un escenario, con todo el mundo mirándolo. Sostuvo el alambre fino y se inclinó sobre la pila.

La clase entera contuvo la respiración. Benjamín tocó con el alambre la parte

superior de la pila y... No pasó nada.

Golpeó ligeramente el foco para probar la conexión. Tocó la pila con el alambre otra vez.

No obstante, no pasó nada. Nada de nada.

Sarah Solomon, la estudiante genio de la clase, bostezó.

“Déjame ver, Benjamín,” dijo el Sr. Perkins. “Debería funcionar.”

El Sr. Perkins examinó el proyecto. Primero, revisó el foco y la pila. Después miró el alambre.

“Tal parece que la pila no tiene energía o que el foco no funciona. Lo siento,” dijo él.

“Esta mañana sí funcionó,” gimió Benjamín. Deseaba no sentirse el centro de toda la atención. Se sentía como un perdedor. Su proyecto era un fracaso. Era un inútil. Un cero.

“Hiciste tu mejor esfuerzo. Lo puedes intentar más adelante,” dijo el Sr. Perkins.

La campana sonó. Había terminado el

día escolar. No había manera alguna en que Benjamín iba a mostrar su cara en el patio de recreo esa tarde. Se escondería en el baño. Tal vez para siempre.

Finalmente, se encaminó a su casa. Era una caminata larga. Benjamín iba con la cabeza agachada. No podía creer lo tonto que había parecido en frente de sus compañeros de clase.

“Soy tan estúpido,” dijo Benjamín. Aventó su mochila hacia la rama baja de un árbol. La mochila chocó con la rama y casi hizo que una ardilla se cayera de ella. Cayeron hojas por todos lados. El roedor pegó un chillido y trepó más arriba del árbol.

Benjamín arrastró su mochila al subir las escaleras hacia su casa. Caminó pesadamente a través de la casa y se dirigió al sótano. Su mochila golpeó el cemento con un ruido sordo.

“Soy un fracaso,” dijo Benjamín.
Se inclinó sobre la lavadora y se dejó

resbalar hacia el piso frío. Sacó un libro de su mochila. Miró al hombre en la portada del libro. Después de varios segundos, sacudió la cabeza. “Se rieron de mí,” dijo. Se sentía totalmente solo. “¡Me doy por vencido!”

“¿Perdón?” Dijo una voz misteriosa. Benjamín se quedó quieto. ¿Quién dijo eso?

“¿Realmente quieres darte por vencido?” preguntó la voz.

Benjamín dejó caer su libro al suelo. Se apoyó completamente contra el metal frío de la lavadora. Su cabeza retumbaba.

“¿Quééééé?” La voz de Benjamín tembló y se quebró.

“¿Realmente quieres darte por vencido?” repitió la voz.

¿Dónde estaba esa voz? Sonaba como si viniera de un gran montón de ropa en la base del tubo de la ropa sucia. Eso era imposible. ¿Era tal vez la televisión, arriba? ¡No! El sonido venía definitivamente del sótano. Benjamín escuchó con atención y luego

sacudió repentinamente la cabeza. Eso sí era ser tonto. ¡Casi había caído en la broma!

“¡Olivia, deténte!” gritó Benjamín.

“Eso no es gracioso.” A su hermana le encantaba hacer bromas.

“¿Quién es Olivia?” preguntó la voz.

“¡Lo digo en serio!” dijo Benjamín enojado. Se levantó y corrió hacia el montón de ropa. “¡Sé que estás ahí y te voy a dar tu merecido! ¡Estoy harto de tus bromas!” Benjamín comenzó a escarbar dentro del montón de ropa.

“¿Harto de las bromas de quién?” preguntó Olivia.

Benjamín se quedó quieto. Tragó saliva con dificultad y miró a un calcetín impar que tenía en la mano. ¡Olivia estaba parada en lo más alto de las escaleras, lejos del montón de ropa! Entonces, ¿qué voz había escuchado él?

C A P Í T U L O 5

El barco del capitán



Parecía una canasta grande de mimbre. Pero no era una canasta normal.

“¿Qué es eso?” preguntó Olivia.

“Esa es mi nave,” dijo Aesock.

Olivia caminó alrededor de la estructura de mimbre, que estaba toda decorada. Sacudió su cabeza en asombro.

Benjamín examinó el navío entero detalladamente. “¡Vaya!” Exclamó él. La nave contenía el timón de un capitán, una vela y un mástil con calcetines colgantes. A lo largo del exterior colgaban un montón de artículos variados. Incluían una bolsa de dormir, un paraguas, un ancla, un telescopio, un mapa, algunos calcetines impares y un reloj.

“Parece una canasta gigante para ir de picnic,” dijo Benjamín.

“¿Por qué tienes tantos calcetines?” preguntó Olivia.

“Oh,” dijo Aesock avergonzado. “Yo les gusto a ellos.”

“¿Tú les gustas a los calcetines?” preguntó Olivia.

“Sí. Mucho,” dijo Aesock.

“¿Por qué?” preguntó Olivia.

“Eso lo discutiremos en otro momento,” dijo Aesock. “Ahora, súban a bordo.”

Aesock se subió a la canasta. Luego ayudó a Olivia y a Benjamín.

“¿Ven esa bolsita rosada y azul?” preguntó Aesock. “Contiene una cuerda de seguridad para cada uno de ustedes. Póngansela y amárrense firmemente a la nave.”

Olivia y Benjamín hicieron lo que les decían. Primero, Olivia ató la cuerda alrededor de su cintura. Luego ayudó a su

hermano. Una vez que las sogas estuvieron bien puestas, los niños se ataron a la nave.

“Ahora, pónganse sus cascos,” les mandó Aesock.

Benjamín buscó en el fondo de la canasta y escogió un casco. Le quedó perfecto. Luego le dio uno a Olivia. Ella se lo puso.

“¿Están listos?” preguntó Aesock.

“¡Sí!” respondieron ellos.

“Una cosa más,” dijo Aesock. “Toquen este calcetín en mi capa y repitan después de mí: ‘Todo es posible para los que tienen fe.’”

Olivia y Benjamín sostuvieron con ansia el calcetín y repitieron las palabras de Aesock. De repente, la canasta empezó a temblar.

“Agárrense,” ordenó Aesock.

Olivia y Benjamín se agarraron del pasamanos. La canasta empezó a levantarse.

“Agárrense. El próximo movimiento

será rápido,” dijo Aesock con una sonrisa.

La vela en la canasta se tensó al mismo tiempo que fuertes vientos azotaron el sótano. Repentinamente, la canasta se levantó y salió disparada hacia la pared de ladrillo. Benjamín miró la pared horrorizado.

“¡Agáchate Benjamín!” gritó Olivia.
Benjamín se echó en la canasta y cubrió su cabeza. ¡La pared estaba casi sobre ellos!

“¡Vamos a morir!” gritó.

CAPÍTULO 6

Volando alto



En ese momento, y sin haberse dañado ni un cabello, se encontraron volando altísimo a través del cielo del atardecer:

“¿Qué ha su-sucedido?” tartamudeó Olivia.

“Magia,” susurró Aesock. Y les hizo una señal de que todo estaba bien.

Mientras los viajeros avanzaban hacia el atardecer, las casas debajo de ellos se hacían más y más pequeñas. Benjamín se inclinó sobre un lado de la canasta y casi se cayó afuera.

“Ten cuidado Benjamín,” le advirtió Aesock.



Olivia se rió suavemente. “Eso sería difícil de explicar: Caramba, mamá. Caramba, papá,” dijo ella. “Benjamín se cayó de una canasta de ropa voladora mientras que visitaba a Thomas Edison.”

“Eso no es cómico,” dijo Benjamín. Miró la capa de Aesock, cubierta por completo con calcetines. Calcetines rojos. Calcetines azules. Calcetines de béisbol. Calcetines viejos. Calcetines nuevos. Calcetines de todos los tamaños, colores, descripciones y condiciones.

Mientras que volaban a través del cielo de la tarde Olivia preguntó, “¿Aesock, de dónde vienen todos esos calcetines?”

“De todas partes,” dijo Aesock. “El viajar por el tiempo crea estática.”

“¡Así que tú eres aquel del que mi mamá siempre habla!” dijo Benjamín sonriendo. “Tú eres el monstruo-calcetín que come calcetines.”

“¡Oh, cielos!” dijo Aesock riendo entre

dientes. “Yo no soy un monstruo y no como calcetines.”

“Tal vez no, pero tú eres el que se los roba,” se rió Benjamín.

Su casa estaba ahora fuera de vista, y la Tierra era un puntito debajo de ellos.

Aesock miró fijamente a través de su telescopio.

“¿Qué estás mirando, Aesock?” preguntó Olivia.

“No es qué estoy mirando,” contestó Aesock. “Es qué estoy buscando. Buscamos el agujero negro.”

“¿El qué?” preguntó Benjamín.

“El agujero negro. Debemos entrar al agujero negro para poder viajar en el tiempo. Es un portal.”

“¿Qué es un portal?” preguntó Olivia.

“Un portal es una puerta o un pasillo. El agujero negro es una puerta en el cielo que nos llevará al pasado,” dijo Aesock.

Benjamín miró ansiosamente en la misma dirección en que apuntaba el

telescopio de Aesock. Al principio, no podía ver nada. Luego, repentinamente, el agujero negro apareció. En su oscuridad, el agujero parecía un torbellino en el gran océano de aire. Una luz se arremolinó alrededor del agujero y después desapareció súbitamente.

“Con cuidado. Aquí hay un gran peligro para viajeros jóvenes,” anunció Aesock. “No deben intentar viajar en el agujero negro sin mí.”

Olivia y Benjamín asintieron con la cabeza. Benjamín tomó la mano de Olivia.

A medida que los viajeros se acercaban al portal, el agujero parecía más y más grande. Aesock les dijo que, una vez adentro, él no iba a poder controlar la nave hasta que llegaran al otro lado.

“Una vez que entremos en el agujero, habrá mucha oscuridad,” dijo Aesock en un tono serio. “Pero, no se asusten. Recuerden, la parte más oscura del túnel es justo antes de la luz. Igual que la vida.” Luego sonrió.

Benjamín miraba nerviosamente a su

hermana. “Quizás esto no fue tan buena idea,”
susurró él.

Olivia apretó su mano. “Todo va a salir
bien, Benjamín. Yo también estoy asustada,”
susurró ella.

C A P Í T U L O 7

El agujero negro



Aesock se enganchó al mástil. Luego colocó el timón en la dirección deseada. Finalmente, se puso unas gafas de piloto sobre sus anteojos.

A medida que la minúscula nave se acercaba a la colosal apertura, el viento empezó a aumentar. Un enorme meteorito, casi tan grande como la canasta, pasó velozmente a sólo centímetros de la nave.

“¡Quiero irme a casa!” dio un alarido Benjamín.

“Estamos protegidos,” respondió Aesock con una sonrisa de quien sabe lo que dice. “El viento nos llevará a donde quiera. No vamos a luchar contra la corriente. Más bien la vamos a utilizar.”

Y con esas palabras la nave fue aspirada por el agujero negro. La canasta giró en grandes círculos. Los vientos aullaban y la canasta se inclinaba hacia abajo. Había una oscuridad total. Luego comenzaron los relámpagos. Era la peor tormenta que Benjamín había visto en su vida. La canasta se ladeó y arremetió hacia adelante a medida que los círculos se hacían más y más chicos. Varias veces pasaron asteroides a sólo centímetros de ellos. De repente, la canasta se inclinó hacia un lado.

Un grito aterrorizado se oyó a través del aullante viento y la oscuridad. La mano de Olivia se soltó de la de Benjamín.

“¡Aesock, Benjamín, ayúdeme!” gritó Olivia.
¡Olivia se había caído de la canasta!

Benjamín estiró sus brazos hacia afuera, pero no podía alcanzarla. Los ojos de Olivia se llenaron de terror mientras que se agarraba a la cuerda de seguridad, que seguía sujeta al costado de la nave.

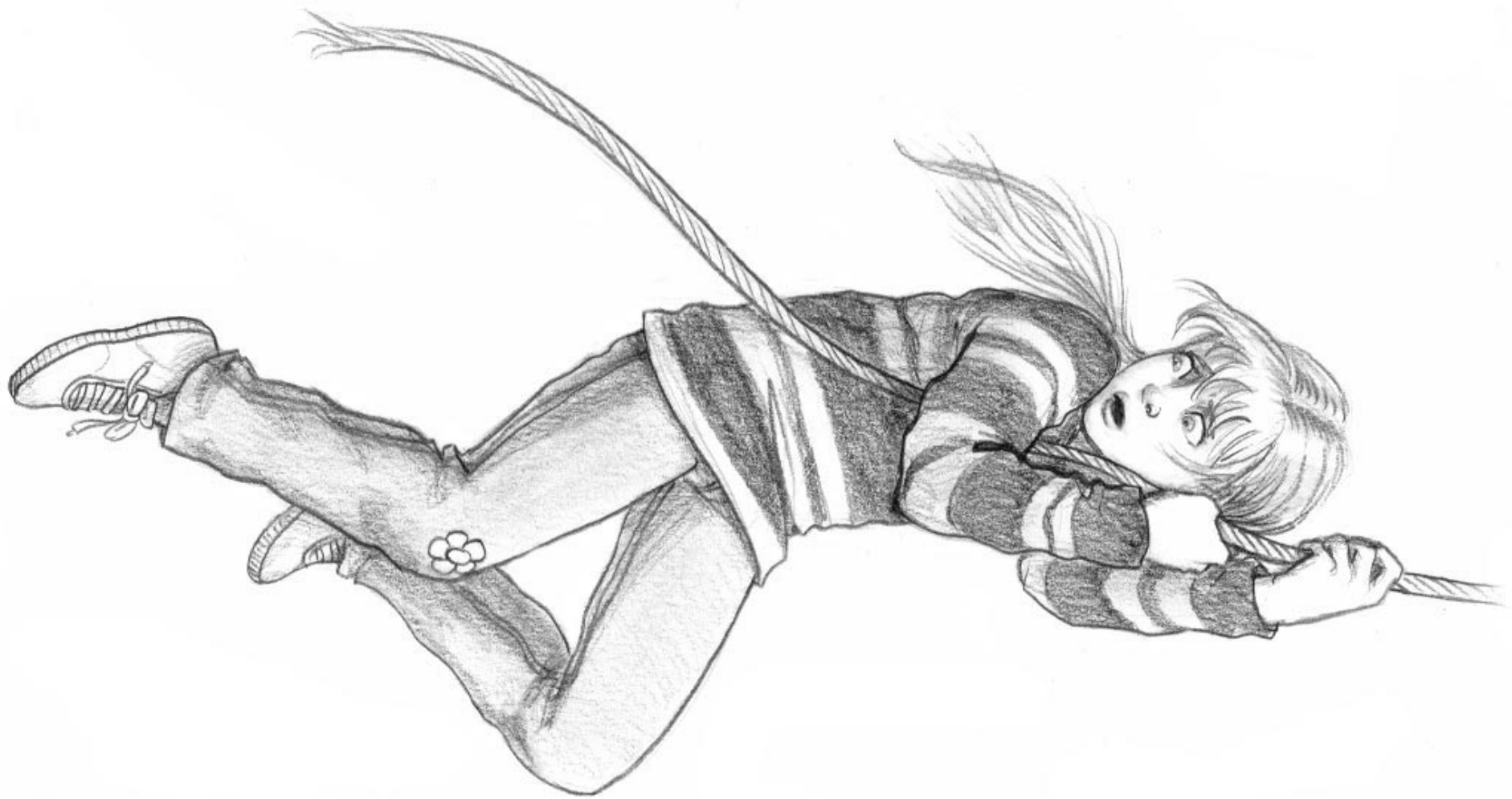
“¡No te sueltes!” gritó Benjamín.

A medida que el viento golpeaba la nave, ahora fuera de control, Olivia se aferraba con toda su fuerza. “¡Por favor! ¡Ayúdeme!” gritó ella otra vez.

Los relámpagos estallaban. En medio de la tormenta, la nave, antes robusta, parecía pequeña y desamparada, al igual que Benjamín. ¿Olivia va a morir? se preguntó él. Mientras miraba el cuerpo de su hermana, que el viento movía como una muñeca de trapo, se acordó de la última pelea que habían tenido. Había sido por un juego tonto. ¡Esto no podía ser! Él tenía que hacer algo.

“¡Auxilio!” gritó Benjamín. “¡Ayúdala, Aesock! ¡Por favor!”

“Te rescataré, Olivia,” gritó Aesock. “Agárrate.” Tomó el mástil con una mano y estiró la otra sobre un lado de la canasta. Una vez. Dos veces. Tres veces tuvo la oportunidad de agarrarla, pero cada vez la pequeña mano de Olivia era separada de la suya por el torcer y sacudir de los violentos



movimientos de la nave fuera de control.

Benjamín podía ver la cara de Olivia llena de pavor. Mientras que ella luchaba con toda su fuerza para seguir agarrada de la cuerda de seguridad en la feroz tempestad, la sogá amenazaba con ceder bajo su peso. ¡Eso era todo lo que la separaba de una muerte segura! Benjamín sabía que ella no podría permanecer agarrada por mucho más tiempo. ¿La alcanzaría Aesock a tiempo?

“Benjamín, agarrá mi cuerda para estabilizarme,” le dijo Aesock en medio del aullante viento. “Debo soltar el mástil para poder agarrar a Olivia con las dos manos.”

Benjamín siguió las instrucciones y se colocó rápidamente en posición. Ésta era su oportunidad de ayudar a su hermana. Él no era lo bastante fuerte para rescatarla, pero si podía ser de ayuda a Aesock...

De repente, el nudo alrededor de la cintura de Olivia se soltó. “¡Aesock, me caigo!” gritó ella. ¡Si soltaba la cuerda, de

seguro se caería y moriría en el agujero negro!

“¡No!” gritó Benjamín. “¡No te sueltes!” Aesock se lanzó sobre un lado de la canasta y la agarró. ¡Pero ahora él también estaba a punto de caer!

“¡Jálanos, Benjamín!” gritó Aesock en medio del viento aullante. “¡Jala!”

Benjamín jalaba tan fuertemente como podía. Pero Aesock y Olivia pesaban demasiado.

“No puedo, Aesock,” se lamentó Benjamín.

“Sí.. tú.. puedes,” contestó Aesock firmemente. “¡Ten fe en tí!”

Benjamín respiró profundamente, cerró los ojos, y jaló otra vez con todas sus ganas. Muy dentro de sí, encontró una fuerza que no sabía que existía. Lentamente, Aesock levantó a Olivia hacia dentro de la canasta. Ella se desplomó al piso.

En seguida, tal como Aesock lo había predicho, todo terminó. El viento se calmó. La

oscuridad desapareció. La nave se enderezó. Y había una luz al final del túnel.

“¡Lo logramos!” dijo Olivia, con gran alivio. El agujero negro estaba detrás de ellos.

Benjamín se desplomó en el fondo de la canasta con su hermana. Su estómago daba vueltas. Todo lo que él había querido era visitar a Thomas Edison. Esto era una locura.

“Creo que voy a vomitar,” gimió Benjamín.

Aesock le dijo a Benjamín que debía ponerse de pie. Benjamín miró afuera de la canasta. Se sintió mejor cuando vio las copas de los árboles.

“Ya casi llegamos,” dijo Aesock.
Abajo había una pequeña

construcción de madera. Desde ahí arriba en el cielo, los viajeros podían ver granjas en la distancia. Donde estaban, no era una ciudad.

“¿Dónde estamos, Aesock?” preguntó

Olivia. “Parece que estamos en un bosque.”

“Esta no puede ser la fábrica del señor Edison,” dijo Benjamín.

“¿Acaso dije que íbamos a una fábrica?” preguntó Aesock.

La puerta del pequeño edificio de madera se abrió. Niños de varias edades salieron al jardín.

Un muchacho caminaba solo, con la cabeza baja. Pateó una roca.

“Se ve igual que yo esta tarde,” dijo Benjamín.

“Yo pensé que íbamos a visitar a Thomas Edison,” dijo Olivia.

“Eso estamos haciendo,” dijo Aesock. Aesock señaló al pequeño melancólico que caminaba con la cabeza baja.

Benjamín miró a su hermana con asombro.